

## El encuentro con el otro en la frontera entre el periodismo y la literatura: la mirada de Ryszard Kapuscinski

David Rodríguez Seoane

Universidad Complutense de Madrid

(Convenio de movilidad internacional con la Universidad Nacional de Córdoba)

Ocho páginas ya, y todo por un  
hombre al que no conoces ni  
conocerás nunca. ¿Por que  
escribo sobre él? Porque es yo y  
no lo es al mismo tiempo.  
Porque en la forma que tiene de  
mirarme me veo a mi mismo de  
una manera que puede  
escribirse. De otra forma, ¿Qué  
serían estas páginas más que  
una especie de gimoteo, unas  
veces ruidoso otras silencioso?  
Cuando escribo sobre él estoy  
escribiendo sobre mí mismo.<sup>1</sup>

J. M. Coetzee, *La edad de hierro*

El periodista y escritor polaco Ryszard Kapuscinski desarrolló la mayor parte de su carrera, como corresponsal en el extranjero, narrando los acontecimientos más importantes de la segunda mitad del siglo XX ocurridos principalmente en el continente africano y en América Latina. Su discurso transitó siempre la frontera entre el periodismo y la literatura. Un límite indefinido y ambiguo desde él que el reportero describió su constante encuentro con «el otro» y sobre el que teorizó abiertamente en un pequeño ejemplar en el que se recopilan cuatro conferencias pronunciadas por él mismo en Barcelona, Cracovia, Viena y Graz. El libro fue publicado, precisamente, con el título que mejor define su vida y obra: *Encuentro con el otro*.

A lo largo de su intensa y extensa trayectoria como corresponsal y escritor el género que cultivó con mayor frecuencia fue el reportaje literario, «el más colectivo de los géneros literarios»<sup>2</sup>, como explica en el texto anteriormente mencionado con el argumento de que este es creado por todas aquellas personas (otros) que interactúan con él reportero, con el escritor, en el desarrollo

de su tarea que no es otra que transformar en palabras los intercambios y diálogos que se desprenden de esos encuentros.

De esta forma, parece claro que una de las ideas clave con las que el lector del autor polaco debiera quedarse tras su lectura es la aceptación de la diferencia y la alteridad como rasgos inherentes al género humano. Una diversidad de caracteres multiculturales que en la obra de Kapuscinski podría ser explicada y analizada a través del doble aspecto que el filósofo Emmanuel Lévinas hace recaer sobre cada hombre: el hombre como individuo y el hombre como raza. Este planteamiento propone la inclusión de un horizonte teórico que deja al descubierto el hecho de que la percepción cultural nunca es rígida sino dinámica y coloca a nuestro autor como heredero en el siglo XX, si se permite, de la tradición de los grades viajeros de la Edad Media como Marco Polo o el explorador árabe Ibn Batutta<sup>3</sup> para quienes «el otro» fue también objeto y sujeto de su búsqueda.

Hoy en día, cuatro años después de su muerte en el año 2007, el debate sobre su figura sigue siendo avivado por elogios, «el testigo más aventajado del siglo XX», como por críticas, «creador del engañoso mito del reportero que todas las redacciones y diarios quisieran tener». ¿Nos dijo Kapuscinski toda la verdad? Recientemente la biografía publicada por uno de sus discípulos, su compatriota Arthur Domoslawski, presentada en Buenos Aires a principios del pasado mes de abril, trata de bosquejar algunas respuestas aceptables a esa pregunta desde la intimidad del personaje que el propio Kapuscinski construyó de sí mismo en sus libros. La polémica que, como era de esperar, despertó *Kapuscinski Non-Fiction* (así se titula la biografía) está todavía lejos de resolverse por la ambigua relación entre lo cierto y lo posible que no solo está presente en su escritura sino que envuelve también algunos de los hechos que marcaron su trayectoria vital.

La frontera entre la realidad y la ficción fue el camino más recorrido por un periodista que visitó los frentes y las trincheras de las guerras y las revoluciones más importantes del pasado siglo. Para ello cruzó las fronteras, inventadas por la colonización europea, que dividen África desde la española Ceuta hasta la sudafricana Ciudad del Cabo. El continente olvidado formó parte de su hábitat natural en sus años más prolíferos y es el marco en el que se desarrollan la mayor parte de sus textos. Pero la trasgresión del espacio no fue su mayor logro, no seguramente el más complicado de llevar a término, sino la ruptura de las múltiples fronteras culturales que obstaculizaron la que fue su pasión más importante: el otro.

Por ello, Kapuscinski sostuvo siempre que las de alambre y espino no son las únicas fronteras que existen en el mundo. Hay otras barreras que también es necesario saltar: la de la cultura, la de la familia, la del idioma, la del amor... «Mi vida ha sido **un cruzar constante de fronteras**, tanto físicas como metafísicas»<sup>4</sup>, explicó en un reportaje que apareció en la prensa española con motivo de la publicación en castellano de su último libro en vida, *Viajes con Heródoto*. Corría el año 2006 y su nombre se escribía ya desde bastante tiempo atrás con letras mayúsculas en los anales del periodismo. Y también, cuando solo faltaba un año para su muerte, ya era vieja la duda de los libreros a la hora de decidir en qué estante y en con qué etiqueta genérica exacta presentar sus libros en los expositores de sus negocios.

Precisamente, en este libro tardío en el que comienza contando sus primeros pasos en el reporterismo, se dice mucho de la frontera y del encuentro con las personas que viven y caminan al otro lado. *Viajes con Heródoto*, propone el abandono del cubículo de la seguridad, del terruño, del árbol que da sombra, para ir en busca de las respuestas, del Quién del Qué y del Por Qué, como hizo hace más de 2.500 años Heródoto, el primer historiador de la historia, valga la redundancia. Hay que aventurarse en lo desconocido, dejarse guiar por «la magia de viajar» que «actúa como una droga» y en la que «el camino es el tesoro», recalca Kapuscinski con palabras diferentes pero con insistencia en varios pasajes. El viaje se convierte así en uno de los conceptos fundamentales que rigen su obra porque solo mediante él, sea del tipo que sea, se llega al conocimiento.

Me internaba en el mundo de Heródoto [...]. Así, mis viajes cobraron una segunda dimensión: viajé simultáneamente en el tiempo (a la Grecia antigua, a Persia, a la tierra

de los escitas) y en el espacio (mi labor cotidiana en África, en Asia y en América Latina). El pasado se incorporaba al presente, confluyendo los dos tiempos en el ininterrumpido flujo de la historia». (KAPUSCINSKI, Entrevista al diario español *El País*)

Con todo ello, a pesar de ser calificado a menudo como uno de los grandes viajeros del último medio siglo, comenzó su carrera como periodista con ambiciones más bien modestas: sólo quería cruzar una frontera; cruzar y regresar en seguida; cruzar únicamente para saber qué se sentía al hacerlo. Nacido polaco en Pinsk (hoy Bielorrusia), Kapuscinski es un producto, una víctima más, del mezquino y cínico corrimiento de fronteras del final de la Segunda Guerra Mundial. Al poco tiempo de emplearse como reportero en el diario polaco *Sztandar Młodych*, en 1955, pudo cumplir su anhelo por primera vez al pasar a la vecina Checoslovaquia, un año después viajaría a Italia, después a la India, a China y seguidamente a todas y cada una de las nuevas repúblicas nacientes del África de la descolonización y la lucha sangrienta por el poder abandonado por las potencias europeas.

Sus colaboraciones periodísticas para algunos de los principales periódicos del mundo como el estadounidense *The New York Times*, el mexicano *La Jornada* o el alemán *Franfurter Allgemeine Zeitung* recogieron sus crónicas antes de convertirse definitivamente en libros y posteriormente en literatura. Porque esa frontera también la pudo cruzar Kapuscinski: la que separa la realidad de la ficción si es que existe un punto intermedio y neutro que funcione de línea divisoria entre ambos mundos. Porque es posible que de poder ser localizado fuese exactamente en ese punto ingravido e indefinido, de difícil acceso para la mayoría de los escritores, en el que se sitúe el cronotopo perfecto, en términos puramente bajtinianos, para que se produzca la interacción con el otro, el momento como lo definió el antropólogo y lingüista estadounidense Edward Sapir en el que se desarrolla la cultura en su máxima extensión y en el que nos hacemos conscientes de nuestra verdadera realidad y de quienes somos al vernos reflejados en la diversidad y diferencia de los demás. Una concepción que tuvo muy presente el autor polaco desde los planteamientos del filósofo alemán Albrecht von Haller que desde mediados del siglo XVIII empieza a cambiar la manera de pensar de Europa respecto del Otro al sustituir la imagen del bárbaro abyecto por la de una figura humanizada que pasaba a convertirse en una cuestión interna de la cultura europea y en una importante lección de humildad para el viejo continente ante la grandeza, el misterio y la inconmensurabilidad del mundo. El mismo Kapuscinski se da cuenta de ello en la nota introductoria que da comienzo a *Ébano*<sup>5</sup>, un compendio de reportajes sobre sus vivencias en distintos países de África entre las décadas del 60 y el 70 del siglo pasado:

Éste no es un libro sobre África, sino sobre algunas personas de allí, sobre mis encuentros con ellas y el tiempo que pasamos juntos. Este continente es demasiado grande para describirlo. Es todo un océano, un planeta aparte, todo un cosmos heterogéneo y de una riqueza extraordinaria. Sólo por una convención reduccionista, por comodidad, decimos «África». En realidad, salvo por el nombre geográfico, África no existe. (KAPUSCINSKI, *Ébano*: 7)

Podría decirse, que las incursiones de Kapuscinski en África tienen tintes conradianos<sup>6</sup> porque su búsqueda del misterio y de la esencia africanos fue, en cierta medida, la misma que suscitó la travesía del marinero Marlow en busca del enigmático y simbólico Kurtz por las aguas del río Congo. Un conocimiento que desde un principio se plantea como inalcanzable por la vasta heterogeneidad que descubre en sus viajes por lo desconocido y que el escritor polaco interpreta desde distintos ángulos que dan como resultado panorámicas dispares en las que las posiciones y las relaciones entre el Yo y el Otro varían constantemente dando lugar a la reflexión sobre las variadas dinámicas de interacción que implican a los seres humanos.

Una de estas disposiciones relacionales entre el Yo y el Otro de más interés se contiene en una anécdota<sup>7</sup> que Kapuscinski refiere en *Ébano*. En ella relata el emprendimiento que la compañía norteamericana American Colonisation Society a través de uno de sus agentes, un tal Robert Stockton, llevó a cabo en Liberia en el año 1821. Por aquel entonces, la mencionada institución compró<sup>8</sup> a la tribu que habitaba la zona que hoy ocupa la ciudad de Monrovia, en la costa atlántica liberiana, la tierra necesaria para repoblarla con aquellos esclavos de las

plantaciones de algodón (sobre todo de Virginia, Maryland y Georgia) que habían alcanzado el estatus de hombres libres. La compañía tenía un carácter liberal y caritativo que la empujaba a pensar que la mejor forma de compensar los agravios de la esclavitud era devolver a sus esclavos a la tierra en la que habían nacido sus antepasados. Con el paso de los años algunos miles de estos nuevos colonos conformaron una pequeña comunidad que se designaba a sí misma como *Américo-Liberians*. Pero en contra de las expectativas iniciales de sus bienhechores los recién llegados no besaban la tierra reconquistada ni se mezclaban con la población local, sin duda mucho más parecidos a ellos físicamente que los patrones blancos que hasta hacía poco los habían explotado de sol a sol en los estados del Sur de Estados Unidos. Por el contrario, los nuevos habitantes del país se erigieron en amos y señores del territorio repitiendo el mismo sistema de dominación injusta sobre sus compatriotas. No habían conocido jamás la libertad, el haber nacido encadenados a un grillete les impidió concebir la existencia del mundo de otra manera. Pronto las señas de su inventada otredad se hicieron patentes para subrayar su superioridad frente a los nativos puesto que el color de piel o la constitución física no ayudaban en la distinción. Inmersos en el calor tropical y abrasador liberiano, fracs, sombreros hongo o guantes blancos en el caso de los caballeros o espesas pelucas y adornos con flores artificiales de todo tipo en el de las señoras fueron, finalmente, los argumentos «raciales» que significaron la diferencia tantas veces repetida entre el dominador y el dominado.

Se puede decir, entonces, que mucho antes de que los afrikáners blancos instauraran el *apartheid* en Sudáfrica, Liberia ya había tenido el dudoso honor de abrirle las puertas del continente, a mediados del siglo XX, a la segregación racial entre miembros de una misma comunidad. Estigma que por desgracia volverían a repetir *hutus* y *tutsis*, ya en los años noventa, con uno de los genocidios más dolorosos y sangrientos de la Historia que se llevó la vida de más de 800.000 personas en Ruanda. Durante cien días, las calles de su capital Kigali se tiñeron de rojo y desolación, mientras los organismos internacionales cambiaban de canal en el televisor.

Tanto en Liberia como en Ruanda, el propio Yo se manifiesta como un ente variable que se transforma a su vez en un Otro mediante el odio y la autodestrucción. Una alteridad entendida como agresiva y hostil que obvia las concepciones contemporáneas y desanda el camino del entendimiento entre culturas hasta la época de los descubrimientos, las conquistas y las masacres. En este sentido son válidos y susceptibles de ser aplicados aquí los planteamientos del profesor Fernando Ángel MORENO SERRANO que, en sus estudios sobre el Otro<sup>9</sup> en la ciencia ficción, llega a la conclusión de la relatividad del Yo como una realidad en constante movimiento y evolución. Su objeto de estudio, la literatura prospectiva (aquella que atiende a hechos imposibles hoy pero que podrían existir en el futuro), podría relacionarse con los estudios interculturales en los que las figuras del Yo y el Otro están sujetas también a constantes variaciones. Como explica el profesor Moreno «basar nuestra defensa de las culturas o de nuestras identidades en un Yo perenne e inalterable resulta falaz e incluso a veces peligroso, por irreal. Por ello para entender al Otro es necesaria tanto la empatía del acercamiento máximo como la distancia». Y esta es, en definitiva, también la propuesta de Kapuscinski cuando describe sus encuentros con el Otro, pero ya no con el Otro que estudiaban antropólogos como Lévinas o Bronsilaw Malinowski ubicado en el marco de una sola civilización histórica y racialmente homogénea en el caso del primero o circunscripto a las tribus melanesias, en el del segundo, en una época en la que éstas todavía conservaban su estado genuino, todavía ajeno al ulterior advenimiento de la aldea global pronosticada por Marshall McLuhan. No. Kapuscinski se enfrenta con un Otro híbrido, heterogéneo, cambiante y de pleno derecho, sobre todo a partir de la mitad del siglo XX cuando dos tercios de la población mundial se liberan del yugo colonial y pasan a ser independientes, al menos desde un punto de vista formal. Sujetos que se constituyen conforme entran en relación con el Otro y no por sí mismos, como agentes portadores de sentido como diría Husserl en su versión de la fenomenología. El encuentro es el verdadero productor de significaciones y es el momento en el que ambos posicionamientos pueden existir, pero siempre con arreglo a la relación que se produce entre ellos. Tzvetan Todorov, en su trabajo *Mihail Bajtin: El principio dialógico* reelabora la concepción bajtiniana del yo y el otro, muy cercana a la postura que elige Kapuscinski como voz narradora y personaje de sus propias crónicas y reportajes:

Nosotros nunca nos vemos a nosotros mismos como un todo; el **otro** es necesario para lograr, aunque sea provisionalmente, la percepción del **yo**, que el individuo puede alcanzar solo parcialmente con respecto a sí mismo. Las objeciones posibles se plantean en seguida: ¿Acaso en el espejo no se encuentra una visión completa del yo o, en el caso de un pintor, en un autorretrato? En los dos casos, la respuesta es: no. (TODOROV, *Mihail Bajtin: El príncipe dialógico*: 95)

Desde su filosofía «dialógica» del lenguaje, Bajtin entiende toda actividad verbal -oral o escrita, literaria o pragmática- como una enunciación concreta dentro de un diálogo social constante e inconcluso, jamás resuelto. ¿No es ésta la esencia de base que origina el reportaje literario? El diálogo social constante con los otros para construir en conjunto, como ya se citó, «el más colectivo de los géneros literarios». En mi opinión así es. La «polifonía» de la que habla Bajtin es la voz de voces que se escucha de fondo en los textos híbridos de literatura y periodismo que nuestro reportero polaco escribió cruzando permanentemente la frontera.

Con todo ello, la entrada en contacto constante con sujetos provenientes de culturas muy dispares a la que Kapuscinski asiste desde su inevitable identidad de blanco, procedente del Este europeo y ex comunista hacen que la traducción intercultural juegue un papel predominante en aras de un posible entendimiento entre los sujetos que participen del encuentro. La búsqueda de lugares comunes se convierte en una difícil tarea que debe ser realizada de un modo pragmático y muchas veces inmediato. En un pasaje de *Un día más con vida*<sup>10</sup>, texto en el que se relata el proceso de independencia de Angola con respecto a Portugal, la voz de un angoleño anónimo toma la posición de narrador para contar de manera clarificadora esta necesidad de traducir, de acercar posturas, mientras cuenta su experiencia en los años de enfrentamiento militar que vivió el país en las décadas del sesenta y del setenta:

Yo empecé a luchar hace diez años, en el destacamento del comandante Batalha. Fue en la Angola oriental. Tuvimos que aprender las lenguas de aquellas tribus y actuar de acuerdo a sus costumbres. Era la condición para nuestra supervivencia; de lo contrario, nos habrían tratado como a unos extraños que habían invadido su tierra. Y eso que todos somos angoleños. Pero ellos no saben que este país se llama Angola. Para ellos la tierra se acaba allí donde está el último poblado cuyos habitantes hablan esa lengua que les resulta comprensible. Y ésta es la frontera de su mundo. ¿Y qué hay más allá de esa frontera?, preguntábamos. Más allá de esa frontera, decían, empieza otro planeta, habitado por los nganguela, o sea, los no-hombres. Hay que guardarse muy mucho de esos nganguela porque son muchos, muchísimos, y hablan una lengua que no hay manera de entender y que les sirve para esconder sus malas intenciones. (KAPUSCINSKI, *Un día más con vida*: 46-47)

Miedo a lo desconocido. En este sentido Kapuscinski, a pesar de ser consciente de la intraducibilidad de ciertas cuestiones intrínsecas a la particularidad de cada lengua o cultura, defiende desde su forma de entender su profesión las posibilidades de la intercomprensión universal subrayando el ideal de la traducción que consiste en, según alguna vez lo definió Paul Valéry de manera concisa, «producir con medios diferentes efectos análogos». O lo que es lo mismo, acercar al otro la propia condición de uno mismo. Se trata, si se quiere, de la voluntad de interiorizar y normalizar la relación con lo extranjero, con lo ajeno y con lo diferente. Con el Otro.

En ese propósito de hacer comprensible, de producir efectos análogos, en sus lectores el autor de *El emperador o Cristo con un fusil al hombro* no duda si es necesario en «intensificar la realidad», como el mismo confesó en alguna ocasión, para contar lo más esencial de ella. Hecho que hace que su propuesta narrativa, siempre en el filo, se incline en algunas ocasiones excesivamente hacia el lado de la ficción mediante anécdotas y referencias difícilmente contrastables en las que toman parte personas anónimas. Este es, a mi modo de ver, lo realmente Kapuscinskiano de Kapuscinski, la ambigüedad que envuelve a toda su obra y el misterio que hay detrás de su leyenda. El mismo se convirtió en el protagonista de sus libros y se encargó de alimentar el mito del aventurero e intrépido corresponsal que le granjeó numerosos reconocimientos en vida y que hoy en día lo mantiene en lo alto como uno de los grandes gurús universales para todo estudiante de periodismo que se precie. Aunque también posiblemente

sería por ello, por el afán de convertirse en leyenda, por lo que nunca desmintió algunos datos falsos sobre su persona como el que uno de sus editores, en un exceso de imaginación o admiración, incluyó en muchas de las contraportadas de sus libros. La polémica<sup>11</sup> incongruencia en concreto decía que Kapuscinski había conocido al Che Guevara e incluso había mantenido una estrecha amistad con el argentino, hecho que según numerosas fuentes nunca ocurrió.

En mi opinión, fue en lo híbrido, en la frontera, en la confusión, en la duda en definitiva, en donde radica la grandeza de este autor y desde donde mejor se puede entender su particular visión del Otro. Una mirada dubitativa en la que el Yo y el Otro siempre se confunden. Pero, me pregunto, ¿Acaso no es la duda la mejor virtud que puede tener un periodista? Al inmenso placer y al dolor irresuelto de dudar todo el tiempo me refiero, a esa curiosidad innata e insaciable por el mundo que le invita a uno a preguntarse constantemente todos los porqués y a cuestionar la realidad tal como es, a dudar de ella y a querer ver el otro lado de las cosas como dijo Cortázar que debía buscar siempre la buena literatura. ¿Qué hacía entonces Kapuscinski, periodismo o literatura? Ninguna y las dos al mismo tiempo. Simplemente contaba.

Para concluir, quiero rescatar una última frase, una de las más célebres de este escritor, que se puede leer en *El Imperio*, un libro en el que se muestra el derrumbamiento de la Unión Soviética que él mismo vivió en carnes propias durante su niñez.

El trabajo de los periodistas no consiste en pisar las cucarachas, sino en prender la luz, para que la gente vea cómo las cucarachas corren a ocultarse (KAPUSCINSKI, *El Imperio*)

Lo interesante de Kapuscinski, a mi parecer, no fue tanto su honestidad o su compromiso periodístico para relatar la realidad de los más desfavorecidos y denunciar las injusticias de los poderosos. Fue prender la luz para hacernos ver a sus lectores los dos lados de la realidad: aquel en el que podemos ver como huyen despavoridas las cucarachas para esconderse, y el OTRO lado, aquel en el que alguna de esas desdichadas de caparazón negro y largas antenas pueda llamarse Gregor Samsa<sup>12</sup> y haberse levantado aquella mañana, tras un sueño intranquilo convertido en monstruoso insecto.

## Bibliografía

- ~BAJTIN, M., *Problemas literarios y estéticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- ~COETZEE, J.M., *La edad de hierro*, Madrid, Random House Mondadori, 2002.
- ~CONRAD, J., *El corazón de las tinieblas*, Madrid, Editorial Cátedra, 2005.
- ~DOMOSLAWSKI, A., *Kapuscinski Non-fiction*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.
- ~KAFKA, F., *La metamorfosis*, Madrid, Editorial Cátedra, 1994.
- ~KAPUSCINSKI, R., *El Imperio*, Barcelona, Anagrama (1.ª ed., en polaco, 1994)
- *Ébano*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- *Viajes con Herodoto*, Barcelona, Anagrama, 2006.
- *El encuentro con el otro*, Barcelona, Anagrama, 2007.
- *Un día más con vida*, Barcelona, Anagrama, 2008.
- ~MALINOWSKI, B., *Diario de campo en Melanesia*, Gijón, Ediciones Júcar, 1989.
- ~MORENO SERRANO, F.A., «El Otro en la literatura prospectiva», *SIGNA, Revista de la Asociación Española de Semiótica*, Madrid, Editorial UNED, 2011.
- ~LEVINAS, E., *Entre nosotros: ensayos para pensar el otro*, Valencia, Editorial Pre-Textos, 1993.
- ~TODOROV, T., *Mijail Bajtin, el principio dialógico*, París, Le Seuil, 1981.

## Notas

<sup>1</sup> La cita de John Maxwell COETZEE ha sido modificada levemente para adecuarla a la coherencia que requiere la lectura en público del presente texto. De esta forma el género femenino original de la voz narradora ha sido sustituido por el masculino. Asimismo también en el texto de *La edad de hierro* el número de páginas al que se refiere es seis y no ocho. Se optó por este cambio para relacionar directamente la extensión real de este texto con la nota introductoria utilizada.

<sup>2</sup> KAPUSCINSKI, Ryszard, *Encuentro con el otro*, Barcelona, Anagrama, 2007, p. 31.

<sup>3</sup> Ibn Battuta fue un viajero y explorador de la época de la dinastía, nacido en, y muerto en 1368 o en 1377. Es el más conocido de los grandes viajeros árabes: su por el oriente duró veinte años, que relató con detalle en una crónica dictada al estudioso. Prácticamente todo lo que se sabe de su vida procede del retrato más fiel que existe de la parte del mundo que el viajero recorrió en esa época. En su viaje recorrió una distancia mayor que la de su contemporáneo, recorriendo en total el oeste, centro y norte de África, el sur y el este de Europa, Oriente medio, la India, Asia central, el sureste asiático y China.

<sup>4</sup> La cita está extraída de una entrevista que se le realizó al autor en el diario español *El País* por el periodista Ramón Lobo. La entrevista fue publicada el 23 de abril de 2006.

<sup>5</sup> KAPUSCINSKI, Ryszard, *Ébano*, Barcelona, Anagrama, 1998, p. 7.

<sup>6</sup> Alusión a la obra de Joseph CONRAD *El corazón de las tinieblas*, publicada originalmente por entregas en 1899 y en 1902 en forma de libro.

<sup>7</sup> KAPUSCINSKI, Ryszard, *Ébano*, Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 250-252.

<sup>8</sup> El trueque, en realidad, fue hecho a punta de pistola ya que el mencionado agente Robert Stockton amenazó, según explica Kapuscinski, con la muerte al rey Peter de la tribu si no le cedía la tierra requerida a cambio de seis mosquetones y una caja de abalorios.

<sup>9</sup> El profesor Fernando Ángel MORENO SERRANO plantea un estudio sobre el monstruo prospectivo contraposición con el realista y el fantástico, como el Otro en la ciencia ficción.

<sup>10</sup> KAPUSCINSKI, Ryszard, *Un día más con vida*, Barcelona, Anagrama, 1976, pp. 45-47.

<sup>11</sup> La polémica en torno a algunos de los hechos que conforman la trayectoria de Ryszard Kapuscinski se ha visto incrementada en los últimos meses a raíz de la publicación de una biografía del escritor, *Kapuscinski Non-Fiction*, escrita por su amigo personal y discípulo Arthur Domoslawski.

<sup>12</sup> Referencia directa a *La Metamorfosis* de Franz KAFKA en la que Gregor Samsa es el protagonista que una mañana amanece convertido en un monstruoso insecto.

